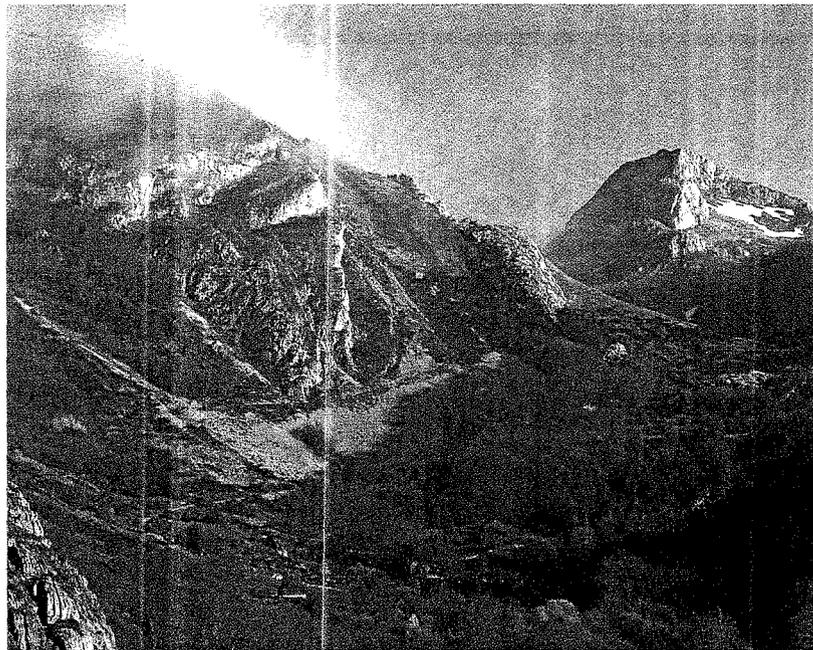


ACTUALIDAD



Hábitat oso en la Cordillera Cantábrica entre montañas y bosques caducifolios. / FUNDACIÓN OSO PARDO

CONSERVACIÓN

Pretenden unir los dos grupos aislados de osos cantábricos

La Fundación Biodiversidad y la Fundación Oso Pardo renuevan su acuerdo para proteger el hábitat del mamífero en la Cordillera Cantábrica

CANDELA MARTINEZ

La conservación del oso pardo, el mamífero terrestre con mayor riesgo de extinción en España junto al lince, ha recibido un nuevo empuje para garantizar su permanencia en la Cordillera Cantábrica. La Fundación Biodiversidad del Ministerio de Medio Ambiente y la Fundación Oso Pardo (FOP) acaban

ria de Medio Ambiente del Principado, cuenta con un presupuesto de 211.000 euros.

Las actuaciones se centran, como en años anteriores, en la vigilancia, la búsqueda y retirada de lazos de acero, el seguimiento de las poblaciones y la protección de los cultivos de los daños que ocasionan los jabalíes. Sin embargo, la novedad de 2007 es la puesta en marcha de un estudio para determinar si es posible comunicar a las dos poblaciones separadas de la cordillera.

En estos momentos existen en la Cordillera Cantábrica dos poblaciones de oso pardo «genéticamente incomunicadas y en fase de lenta recuperación», explica el presidente de la FOP, Guillermo Palomero. Uno de los núcleos de oseznos habita en la montaña palentina, concretamente en Riaño (León) y en los montes limitrofes de Cantabria, y cuenta aproximadamente con 30 osos contabilizados por la FOP.

La segunda se localiza en la zona suroccidental de Asturias, Alto Sil leones y Ancares, y en ella habitan otros 100 ejemplares. En esta segunda población «suelen darse entre 10 y 15 nacimientos de osos cada año y se observa un mayor movimiento de ejemplares, sobre todo cerca del Alto Sil leones, una zona muy frecuentada por osas con crías», indica Palomero. Para

estudiar el pasillo que separa a las dos poblaciones, se seguirán varias fases. «Comenzaremos por delimitar el corredor interpoblacional en la vertiente leonesa y analizar los diferentes pasillos ecológicos que se pueden establecer. Lo siguiente será estudiar la calidad de ese hábitat para el tránsito y supervivencia del oso, así como la identificación de barreras», afirma el presidente de la FOP. La información servirá para «elaborar una propuesta sobre las actuaciones y el presupuesto necesario».

Al mismo tiempo, se mantendrán las dos patrullas de vigilancia de los cotos de caza de la zona, coordinadas por José Luis García y Guillermo Palomero, ambos de la FOP. Las patrullas desarrollan labores de lucha contra el furtivismo, seguimiento y censo de poblaciones oseñas, vigilancia del hábitat y control de actividades prohibidas. Colaboran también en proyectos de sensibilización y educación ambiental.

Otra de las líneas de trabajo consistirá en colocar 120 sistemas de electrificación de cercados, también llamados pastores eléctricos, para evitar el uso ilegal de lazos y otros trampaos prohibidos que merman las poblaciones de oseznos. Nueve sociedades de caza de la zona, con las que se han firmado convenios estos últimos años, serán las encargadas de repartir estos pastores eléctricos a ganaderos y agricultores.

www.fundacionosopardo.org  
www.fundacion-biodiversidad.es



Patrulla Oso de Cangas del Narcea, financiada entre la Fundación Biodiversidad, la Fundació Terriori i Paisatge y la Fundación Oso Pardo.

de renovar el convenio de colaboración que mantienen desde 2003 para vigilar la caza furtiva (en especial el trampaño ilegal con lazos de acero) y hacer un seguimiento de la población de oseznos.

El proyecto Acciones para la recuperación del oso pardo cantábrico, en el que también colaboran la Fundación Terriori i Paisatge y la Viceconseje-

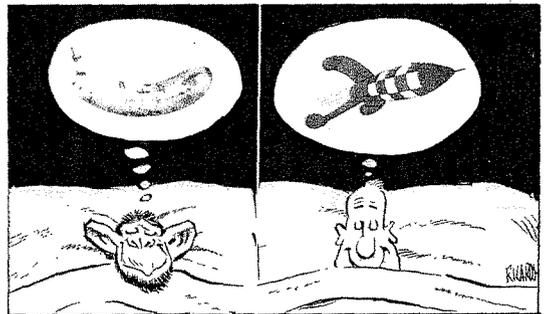
EL ANIMA - 10.14.07

LOS SUEÑOS DEL MONO UTÓPICO

Por Pablo Jáuregui

Una de las peculiaridades más llamativas del animal humano es su insólita capacidad para imaginar cosas que no existen (o que al menos jamás ha percibido con sus cinco sentidos), y pelearse, incluso hasta la muerte, sobre la verosimilitud de sus fantasías. Nunca veremos a dos cangrejos enzarzados en un acalorado debate sobre la existencia de Dios, Ala u otros seres omnipotentes y sobrenaturales. Tampoco nos toparemos jamás con dos abejas obreras batiendo sus alas al discutir sobre la posibilidad de rebelarse contra su reina y construir una colmena perfecta, sin desigualdades, ni explotación, ni jerarquías de poticas. Y aunque compartamos el 99% de nuestro ADN con los grandes simios, es altamente improbable que nos encontremos alguna vez con una manada de chimpancés planteándose si después de la muerte, el alma de un primate viaja al paraíso, desciende al infierno, o posiblemente se reencarna en una nueva criatura.

Quizás lo que más nos define como especie, y constituye el gran salto cerebral en la odisea de la evolución, es esa irrefrenable tendencia a especular sobre lo que no conocemos, a fabular cuando no tenemos respuestas claras, o a imaginar posibilidades cuando no tenemos pruebas definitivas. La extraordinaria imaginación humana es la madre de todos nuestros mitos y religiones, pero también alimenta a la ciencia y la tecnología: el origen de toda innovación nace de una hipótesis, el momento en el que una criatura pensante se imagina algo que todavía no existe, pero que quizás podría convertirse en realidad. Los grandes visionarios de la Historia han sido personajes quiétoposcos, capaces de concebir mundos futuros en los que los humanos podrían hacer cosas que en su momento parecían absolutamente improbables o inconcebibles, como hablar a través de larguísima distancias, cruzar océanos en máquinas volantes o pasear sobre la



RICARDO

Luna. Ya lo dijo el gran sociólogo alemán Max Weber: «El hombre nunca hubiera logrado lo posible si no fuera porque una y otra vez ha aspirado a alcanzar lo imposible».

Hoy sabemos que nuestros parentes más cercanos, los grandes simios, tienen ciertas capacidades rudimentarias para imaginar posibles futuros y concebir estrategias alternativas para satisfacer sus necesidades básicas a corto y medio plazo (cazando termitas con diferentes técnicas, rompiendo nueces con diversos instrumentos, etcétera.) Pero sólo el primate humano ha llevado hasta extremos insospechados lo que los griegos llamaron *ou topos*, literalmente el «no lugar», es decir, la utopía. La búsqueda del paraíso perfecto, el sueño de un mundo feliz.

Todos estos pensamientos revolotean en el ordenador cerebral del animal humano que escribe estas palabras al recordar la desaparición (hace ahora dos años) de José Antonio Jáuregui, el maestro que inspiró esta columna de NATURA dedicada a la reflexión antropológica. Ante la muerte de un ser querido, algunos *scipiens* que siguen vivos sobre la Tierra se preguntan si quizás su espíritu sigue vivo de alguna manera, se entera de algo, es consciente de las alegrías y penas de los que *no nos hemos ido* todavía. La vida más allá de la tumba es una atrevida hipótesis que se resiste a morir, aunque nuestra racionalidad científica se burle de ella. Al mono utópico le cuesta aceptar que después de la muerte sólo nos espera la nada, y cargado con la esperanza de su cerebro fabulador, se consuela con el sueño de la inmortalidad.

pablo.jauregui@elmundo.es